rolina,—tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Pues señor, aquí algo pasa,—dijo Carlos.

—Allá veremos.

Los tres hermanos se pusieron á hablar de cosas indiferentes, y Carlos, después de media hora, se despidió de sus hermanas para dar un paseo á caballo con sus amigos.

Al salir, fue á dar un beso en la frente de su madre que estaba sentada en un cómodo sillón.

Doña Dámasa era una señora de semblante muy blanco y algo pálido; pero con esa palidez mate y triste que procede de la carencia de ejercicio, y de no tomar jamás el sol ni respirar el aire libre.

Apenas pareció apercibirse de aquella tierna caricia filial: parecía de contínuo adormecida en una especie de grata somnolencia, de la cual nada en el mundo bastaba á sacarla, ni salía de ella más que á las horas de comer, en las cuales tomaba un alimento muy escaso.

Su fisonomía se animaba algunas veces con una expresión triste, pero dulcemente resignada; pudiera decirse que alcanzaba alguna conciencia de sí misma, que tardaba muy poco en perder, ora fuese por conveniencia propia, ora porque su ánimo estuviese por completo apocado y abatido.

En el momento en que su hijo la abrazó ninguna emoción reflejó su semblante; parecía sumergida en el triste sueño que casi siempre invadía sus sentidos y todo su ser.

Carlos la miró con tristeza: ¡el amor maternal, cuando falta al alma, parece mucho más precioso!

Luego ahogó un suspiro, y salió deseando distraerse con sus amigos de los tristes pensamientos que le agitaban y que no había confiado por completo á sus hermanas temiendo entristecerlas.

IV

Bajemos por ahora del suntuoso palacio, mis amados lectores, para entrar por un rato en el pobre agujero del tío Benito, que luego ya volveremos á subir y á visitar los soberbios departamentos de arriba, según lo vayan exigiendo las circunstancias.

Es en el mes de septiembre, y á las seis de la mañana, cuando llegamos á la puerta de la miserable covacha en la cual el tío Benito, después de haber corrido como un azacán durante dos horas con los recados de los criados, acaba de entrar para ver si puede desayunarse.

El haber empezado tan pronto su cotidiano ejercicio consiste en que por la noche le han dejado muchos encargos, además de los ordinarios que con tan poca caridad le hacen cada mañana.

A aquella hora ya había él avisado á la lavandera, á la planchadora, y había traído al cocinero una infinidad de comestibles, cada uno de los cuales le había costado un viaje por separado.

El desdichado anciano, exánime de fatiga y casi asiéndose á la pared, entró en su cuarto, si cuarto puede llamarse un agujero obscuro y húmedo, pues estaba pegado por la espalda al pozo ó noria del jardín.

Ya he dicho que el tío Benito era un viejecito diáfano, de puro flaco; pero bien merece, al presentarle al público, un retrato más detenido y exacto, puesto que es uno de los principales personajes de esta historia.

Rayaba el zapatero en los setenta años, ó

al menos tan antigua fecha indicaba su semblante marchito y sus decaidas facciones, aunque quizás las miserias y las privaciones habían producido en ellas más extragos que el transcurso del tiempo.

Era pequeño y muy flaco, y había en su semblante una notable expresión de inteligencia y sufrimiento que conmovía.

Sus ojos, grandes y negros, que en los días de su juventud debieron ser muy hermosos, estaban hundidos y rodeados de arrugas; su nariz era larga y de forma distinguida; su boca fina, pero triste y adornada aún de una dentadura blanca é igual; sus mejillas enjutas, estaban siempre afeitadas con esmero, lo mismo que su barba; su frente era ancha, y su cabeza pequeña y fina, estaba cubierta de cabellos blanquísimos y finos como la seda.

Pero lo que más hubiera llamado la atención del que se hubiera detenido á contemplar al tío Benito, hubiera sido la forma elegante de sus manos y de sus pies, pequeños y estrechos como los de una persona distinguida.

Pero ¿quién había de pararse en estas cosas? El pobre anciano permanecía lo más oculto que podía, y apenas se atrevía á sa-

car su mesilla curiosa y limpia á un ladito del patio, á la cual iban únicamente las criadas de la vecindad á recojer su calzado.

El zapatero vestía invariablemente, en invierno y en verano, por la triste razón de no tener otra cosa, un pantalón de grueso paño negro, muy raído y deteriorado, y una levita larga y ancha de la misma tela y color; ninguna de aquellas prendas se habían cortado para la exigua persona del tío Benito, que á pesar de haberlas achicado y arreglado por su mañosa mano, se revolvía en ellas con la mayor holgura.

El resto de su atavío lo componían una camisa vieja, pero muy limpia, una corbata negra muy usada, un pañuelo de cuadros azules de algodón, para el bolsillo, unas medias muy blancas y unos zapatos, casi siempre muy viejos, de cordobán, pero que él lustraba y recosía con incansable paciencia.

El tío Benito merecía que se le hubiese llamado más bien *D. Benito*, por lo fino y delicado de sus hábitos.

Cuando salía á cumplimentar los interminables recados de los criados, se ponía sobre sus blancos cabellos un sombrero de copa viejísimo y de una anticuada forma con ali-

ta muy estrecha, y que era ya casi rojo á fuerza de ser pardo.

En la mañana del día en que le presento á mis lectores, parecía el pobre anciano agobiado de fatiga: los recados que había hecho le habían obligado á recorrer largas distancias y sólo el cocinero le hizo ir siete veces hasta el mercado.

Su rostro venerable estaba en extremo descolorido; sus labios casi blancos, temblaban convulsivamente; apenas entró en su cuartito se quitó su sombrero y pasó por su frente, cubierta con el sudor de la congoja, su viejo pañuelo azul y blanco.

Luego se dejó caer en una silla desvencijada que era la única que se veía en aquel reducido aposento.

Apenas tenía éste quince piés cuadrados; las paredes húmedas, estaban sólo cubiertas de yeso, que se había puesto obscuro á causa del agua que se filtraba de la noria.

Una ventanilla muy pequeña, ó más bien, un agujero abierto en la pared, le daba luz; pero aquel agujero no tenía para cerrarse más que un postiguillo de madera que ó le robaba toda la luz estando entornado, ó le dejaba al aire y á la intemperie estando abierto.

La pobreza del zapatero era tanta, y tal

la escasez de sus recursos, que no le habian permitido reunir en los cinco ó seis meses que llevaba en la casa, algunos reales para comprar un cristal, que era justamente lo que reclamabla el ventanillo en cuestión.

Por él se veia un poco de jardín, y á lo lejos un pedacito de cielo como una cinta, que por la noche se bordaba de estrellas, que consolaban con su vista á aquel sér desgraciado y miserable.

Formaba la ventana una especie de alféizar, en el cual habia una macetita de barro encarnado, que contenia una rica y olorosa planta de jacintos; allí estaba, pues, cuanto mitigaba la melancolía del pobre viejo y cuanto es en la tierra consuelo y alegría de los tristes.

Cielo, luz, estrellas y flores.

¡Cuánto hubiera dado el zapatero por poder adornar coquetamente su querida ventanilla con un cristal y una cortinilla de muselina blanca! Pero ¡imposible, imposible! La miseria, la horrible y despiadada miseria oprimía con su férrea mano al desventurado tío Benito.

El mísero cuartucho estaba ocupado por la mesilla de zapatero y por su cama compuesta de un jergón muy delgado, sobre

unas tablas de pino, sostenidas por unos banquillos, dos sábanas gruesas y manta de algodón, que servia al mismo tiempo de abrigo en el invierno y de cobertor en verano.

El humilde lecho estaba coronado por una almohadita muy pequeña llena de esparto, y cubierta con una funda de tela de algodón blanca, que se ataba en los costados por medio de unas cintas.

Un anafre de yeso colocado en un rincón, servia para guisar, cuando habia qué, lo cual acontecia las menos veces; sobre él se veia una tabla muy limpia, cubierta de un paño blanco, que sostenia algunos pucheros, platos y tazas que revelaban, por lo nuevo de su aspecto, el poco uso que se hacia de estos objetos.

Una sola silla habia en ella, como ya he dicho; cuando el tío Benito sacaba al patio su mesilla, sacaba también la silla para sentarse. Sobre la mesa, y colgado de la pared, habia un hermoso Crucifijo de tamaño regular; una palmatoria de barro, que sostenia un cabo de sebo, era todo lo que indicaba que se encendia la luz de noche en aquella misera vivienda.

En fin, un banquillo de madera servia de

asiento al tío Benito para comer su escaso y pobre alimento, que colocaba sobre la silla, sirviéndole de mantel el paño blanco que cubría su vasar.

Sólo un esfuerzo supremo de limpieza podía conservarla en aquella reducida habitación; sólo comprendiendo la pulcritud del zapatero, se podía convencer el que allí entrase de qué modo podía conservarse limpio su único traje, sentándose en la misma silla que le servía de mesa para comer.

Pero ¡ay! que esto era menos extraño si se atendía á que el alimento casi constante del anciano se reducía á un poco de pan seco, y muchas veces el ayuno reemplazaba á tan escaso sustento.

Volvamos al instante en que el zapatero penetraba con tanto trabajo como angustia en su cuartito, y en el que después de dejar sobre la cama su sombrero, se desplomó sobre la silla enjugándose la frente, que humedecía el sudor de la fatiga y la angustia.

Durante un largo rato, el tío Benito permaneció con la frente apoyada en la mano; era ésta un poco larga, pálida y fina, con uñas algo acanaladas, era una mano aristocrática de anciano, que pedía un rico guante de Suecia.

De repente resonaron en las losas de mármol del patio unos pasos ligeros, y un joven cartero entró alegre y despabilado.

—Para el señor Benito Tomás,—dijo asomándose á la puerta y presentando en la punta de los dedos una carta larga con sobre fino y cuyas señas estaban escritas con una letra clara y menuda.

El tío Benito levantó la cabeza rápidamente y como conmovido por una conmoción eléctrica; luego se puso de pie con trabajo y se acercó al cartero:

—¡Oh, Dios mío!—exclamó con voz alterada.—¡Es de mi hija!... ¡De mi hija!...

Y una expresión de viva alegría se retrató en sus alteradas facciones.

—¡Corriente! Sea de quien quiera, tómela usted, buen hombre,—dijo el cartero.

El tío Benito no se movió; parecía absorto por algún dolor mudo, pero terrible.

—¡Vamos, por Dios, que tengo prisa!—dijo el cartero, que se impacientaba.

—¡Joven!—dijo el anciano, que pareció tomar una resolución suprema y dolorosa,—joven, no tengo cinco céntimos que dar á usted en cambio de esta carta.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan visiblemente alterado, que el car-

tero, en vez de enfadarse, sintió llenarse de lágrimas sus ojos, era joven y tenía un buen corazón.

—¡Pobre viejo!—murmuró.—¡Será posible!

—Es la verdad,—respondió el zapatero.—Si usted me la quiere dejar, me dará un gran consuelo, si no, llévesela y tendré paciencia.

—¡No permita Dios, pobre anciano, que yo cometa tan mala acción!—dijo el cartero con acento conmovido.—Tome usted su carta, y aunque soy pobre yo también, todas las recibirá de balde, porque yo las pagaré por usted.

—Tiene usted un alma caritativa, hijo mío,—respondió el zapatero,—y esto es una cosa que jamás deja Dios de recompensar tarde ó temprano hallará usted el premio, un anciano se lo asegura y los ancianos leen en el porvenir.

—¡Dios lo haga!—dijo el cartero,—entre tanto quédese con Dios, señor Benito.

Salió el joven, y el zapatero rompió con mano trémula el sobre de la carta, cuyo contenido era como sigue:

Padre mío: Apenas puedo trazar estas líneas, pues el dolor me abruma; mi marido, mi pobre

José, está casi agonizando, pues la parálisis que hace tanto tiempo le martirizaba, ha subido hasta el corazón... ¡No sé, padre mío, cómo yo, pobre y débil mujer, puedo sufrir tanto sin morir también, porque sólo Dios y tú sabéis cuanto amo yo á mi pobre enfermo!... ¡Pero soy madre, y mi deber es vivir para mi hija!

Mi pobre Lidia está también enferma; á la edad de quince años es demasiado lo que ha sufrido ya... ¡Padre mío, así que mi marido cierre los ojos, y esto no puede tardar desgraciadamente, Lidia y yo iremos á tu lado, pues aquí es seguro que moriremos de hambre!

¡Madrid! ¡Oh, que triste es Madrid para los pobres! ¡Tanto como alegre y delicioso para los ricos!

¡Adiós, padre mío, mi bueno y respetado padre! Yo estoy muy enferma y mi hija lo está también; pero abrigo el convencimiento de que partirás con nosotras el pan que te da tu modesta profesión, que aún no sé cual es, porque nunca has querido decírmelo.

¡Adiós! Te abraza con el corazón y se despide hasta muy pronto de tí tu desgraciada hija,

ÚRSULA.

P. D. ¡Abro esta carta para darte una no-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

mercante que debe dejar su cargamento en la Habana y llegar aquí á fin de mes; pero los productos de su viaje, ni los del mismo buque que tendré que vender, bastarán á cubrir los compromisos de nuestra casa.

—Aunque haya quebrado la casa de Wil y Compañía, yo pienso, padre mio, que mi viaje tiene por objeto el sacar el mejor partido posible, ¿no es cierto?

—¡Sí; pero no lo quiera el destino!—murmuró el armador, que palideció al ocurrírsele de nuevo la idea de la quiebra de aquella casa, de cuya compañía formaba parte por grandes valores impuestos en ella.

—¡Valor, padre, valor!—dijo Carlos;—no habrá quebrado quizás; pero aunque sea así, nuestro hermoso buque *Hernán Cortés*, basta por sí solo para sacarnos adelante.

—¡Hágalo así nuestra buena suerte!

Como se ve, el armador no usaba jamás de aquellas hermosas y consoladoras palabras: *¡Dios lo quiera!* Que bastan por sí mismas para dar fe y esperanza á los cristianos.

En aquella pobre alma sin creencias, todo era, y todo debía ser forzosamente, tinieblas y angustia.

Nadie le había dicho jamás que hay un Dios, todo bondad y misericordia, que manda á sus hijos las calamidades como prueba y que les consuela cuando le piden su ayuda.

Nadie le había enseñado que hay, después de esta vida, otra mejor, y que el alma es inmortal.

Para el armador acababa todo al dar el último suspiro; todo se extinguía en la criatura.

Uníase para tan dolorosa impiedad, la absoluta ignorancia, el completo abandono en que se había criado, y lo propicia que después se le había mostrado la fortuna.

Por un juego del inconstante destino ó quizás por disposición del Supremo Dios á quien desconocía y que quería probarle, tanta amargura y desgracia habían rodeado su cuna como opulencia y prosperidad habían coronado su juventud.

Su índole indómita y arrogante no reconocía, pues, más ídolo que la casualidad, y todas las dulzuras de su buena suerte no bastaron á borrar el recuerdo de sus días de dolor.

Así sucede siempre en las almas duras y descreídas; el rencor echa en ellas hondas raices, y jamás un rayo de ternura las alivia y fecundiza.

Pero, ¡cuan amarga orfandad, cuan triste

desamparo rodean á esas pobres almas en los días de la adversidad!

Sólo hallan el vacío y la nada, y el desaliento las agobia con su férrea mano.

Tal era el estado de la del armador; pálido, sombrío y casi exhausto de esperanza, caminaba al lado de su hijo, que, á falta también de creencias religiosas, sólidas y profundas, tenía la hermosa confianza de la juventud.

Carlos había aprendido en el colegio que existe un Sér Supremo infinitamente bueno y poderoso que cuida de los humanos y les consuela y ayuda en sus dolores.

Pero estas lecciones, que sancionadas por el ejemplo y repetidas por la voz paternal, aprovechan tanto, apenas habian fructificado en el alma de aquel joven, que vivía en un círculo helado y material.

Despidióse de su madre, que no manifestó pesar ni emoción por su partida, y se trasladó al aposento donde pasaban Sofía y Carolina las primeras horas de la mañana.

La primera, dominada por una pereza invencible, dormitaba apenas levantada; la segunda se aburría mirando algunos albums de grabados que ya había repasado cien veces.

Al saber la partida de Carlos, Sofía derramó algunas lágrimas, que constituían la mayor muestra de dolor que podía dar.

Carolina dejó escapar un grito, y se arrojó al cuello de su hermano, sollozando con profunda pena.

Aquel elocuente dolor conmovió hondamente al joven, y le hizo perder parte de su fortaleza.

—No te aflijas así, querida mía,—dijo poniendo á la joven en un sillón y besándola en la frente,—volveré y muy pronto.

—¡Quiéralo Dios!—dijo Carolina dejando caer por fin esta palabra de bendición en aquella casa árida y descreída.—¡Quiéralo Dios, hermano mío! Y para que lo quiera, ponte esta reliquia que gané como premio en el colegio, y que está bendita.

Y la niña desató de su cuello un cordoncito de seda negra, del cual pendía un *lignum Crucis* encerrado en un medallón de oro muy pequeño y de forma de corazón.

Luego lo ató al cuello de su hermano y lo ocultó entre los pliegues de su camisa.

—Mira, Carlos, reza todos los días y besa esa reliquia,—continuó Carolina volviendo á abrazar á su hermano,—yo también rezaré por tí.

—Toma mis pistolas,—dijo á su vez Andrade, poniendo en las manos de su hijo una voluminosa caja,—esto te aprovechará más que el amuleto de Carolina.

—Padre mio, vosotros los hombres matáis,—observó dulcemente la joven,—las mujeres y sobre todo, las niñas, debemos rezar. Cada uno tiene sus armas; pero creo que las mias salvarán mejor á mi hermano.

Esta admirable respuesta produjo una burlona sonrisa en los labios del armador, y un gesto de desdén en Sofía, que volvió á estrechar la mano de Carlos, y se hundió con más comodidad que antes en su ancho sillón.

Carolina quiso acompañar á su hermano hasta el puerto, diciendo que después se volvería con su padre.

Al pasar por la mísera vivienda del zapatero, vió Carolina al anciano que se disponía á salir para sentarse delante de su mesilla; la pobre niña que sentía hacia aquel viejo infeliz mucho afecto, y que tenía tanto dolor en el alma que no sabía como exhalarlo, se aproximó á él y le alargó la mano bañada en lágrimas.

—¿Qué es eso, señorita? ¿Qué ocurre?—preguntó el tío Benito á Carolina con acento sobrecojido.

—Que se va mi hermano.

—¿A dónde?

—¡Muy lejos!

—Pero, ¿á dónde?

—A Jamaica.

—Caballero,—dijo el tío Benito adelantándose hacia Carlos con una nobleza y distinción en extremo notables;—caballero, si usted quisiera esperar un instante, yo le daría una carta de recomendación para Jamaica.

—¡Habrá viejo loco!—exclamó con enfado el armador,—¿para qué quiere mi hijo su carta de usted?

—¿Qué perdemos en complacerle, padre mío?—dijo Carlos, que había vislumbrado en el interior de la obscura habitación la espléndida cabellera de Lidia.

Y sin esperar á otra cosa, se acercó al umbral, en tanto que el anciano, sentándose ante su mesilla, escribía la carta.

Lidia estaba tan ocupada, que no oyó acercarse al joven; se hallaba regando la maceta de jacintos colocada en el alféizar de la estrecha ventana.

En breve acabó el tío Benito su tarea; dobló la carta y se la entregó abierta á Carlos después de escribir el sobre.

—En cualquier accidente desagradable que ocurra á usted, caballero, no dude usted un instante en presentarla á la persona á quien va dirigida; es un buen amigo mío, y no dudo que le complacerá en todo cuanto desee.

—Me hace usted un favor que agradezco con toda el alma, caballero,—dijo Carlos, que aunque no había leído aún el sobre de la carta, era afable y cortés en sus maneras.

Luego dirigió una última mirada al fondo de la habitación, saludó al anciano, y salió seguido de su padre y de su hermana.

—¡Voy á echar de casa á ese viejo chocho!—exclamó muy enfadado el señor Andrade al llegar á la calle;—¿es posible, hijo mío, que des pábulo á sus ridiculeces, escuchándolas?

Carlos, por toda respuesta, mostró á su padre el sobre escrito de la carta, que decía así:

A lord G., gobernador de Jamaica.

—¡Diablo! ¿Quién es entonces ese hombre?—exclamó el armador con los ojos dilatados por un profundo asombro.

Y desdoblando la carta leyó su contenido, que era lacónico, pero expresivo.

Mi inolvidable Edward, decía en buen inglés, *el portador de la presente es un joven honrado que va á esa con objeto de evacuar algunos asuntos personales; haz por él cuanto harías por mí si te necesita, lo cual es cuanto te puede encarecer mi estimación hacia él.*

Sé que hoy, que la nieve de los años cubre nuestros cabellos, es tan firme tu amistad como cuando eran negros y lustrosos, y te pido ahora una prueba de ello.

Adiós, mi amado Edward; Úrsula y Lidia, hoy á mi lado, te saludan, lo mismo que á Milady y á tus hermosas hijas Fanni y Virginia; abrázalas por mí, y recibe tú mismo otro abrazo de tu apasionado

TOMÁS.

—Padre, ese anciano encierra un misterio profundo,—dijo Carlos, luego que el armador acabó de leer aquella carta.

—Así lo creo yo también,—dijo el señor Andrade pensativo;—gracias á esta carta, que si no, lo hecho á la calle apenas hubiera vuelto á casa.

Llegaban al puerto al decir estas palabras; la fragata *Nuestra Señora del Carmen* se mecía blandamente, aparejada ya, y los mari-

nos iban y venían sobre cubierta, acabando los últimos preparativos.

Padre é hijos pasaron á bordo, y el armador recomendó á Carlos al capitán, que era un inglés de agradables modales y distinguido aspecto.

—No hay más que un riesgo que temer, caballero,—respondió el capitán,—y esto no lo debo ocultar, y menos á usted que, aunque padre, es hombre antes que todo; un pirata tiene asombrada la costa, pues lleva consigo un bergantín, y la fragata que monta da caza á cuantos buques se ponen al alcancen de su vista. Sin embargo, mi gente es valerosa, y antes moriremos todos que dejarnos apresar por ese infame bandido.

Un grito agudo interrumpió al capitán, que aún no había distinguido la hermosa y suave figura de Carolina.

—¡Ah, perdón, caballero!—dijo,—no sabía yo que mi fragata se hallaba honrada con tan linda presencia y he hablado como se habla entre hombres solos.

Y esto diciendo, el capitán presentó su mano á la joven con la urbanidad más exquisita, y la condujo al mejor asiento de su cámara.

Pero la joven estaba pálida y temblaba;

un presentimiento doloroso le hacia ver á su hermano víctima del pirata, luchando con él y cayendo por fin cubierto de sangre al fondo del mar.

Un cañonazo que retumbó sonoramente en el puerto, la hizo estremecer; levantóse y el armador también, echándose en los brazos de su hijo.

Ni uno ni otro pudieron decirse una palabra, las lágrimas de los dos corrían en abundancia.

Carlos se separó de su padre y abrazó después á su hermana, que sollozaba dolorosamente; pero esta angustiosa situación tuvo un término: el capitán hizo una seña al armador, que separó á su hija, mientras aquel hacía retroceder un poco á Carlos, que se dejó caer en una otomana.

Padre é hija saltaron de nuevo á la lancha que debía conducirlos á la orilla.

Un segundo cañonazo dió la señal de la partida, y la *Nuestra Señora del Carmen* salió á toda vela del puerto, entre los gritos de *¡Adiós!* los vivas y los sollozos de la multitud.